

LOS INOCENTES DE LA CARRETERA

Cuando mamá muera en accidente de automóvil, papá volverá a casarse con otro coche.

«El coche ardía... Nosotros pertenecemos aún a este mundo... Por las noches me desvelo y, muchas veces, me digo: "No hay que dormir. Tenemos que aprovechar la vida, incluso la noche". Digo latir mi corazón. Estoy viva».

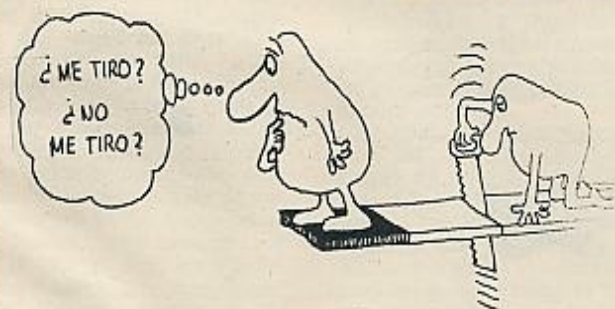
Dos millones de niños prisioneros en el coche que conduce un padre distraído, emotivo, colérico, agresivo o torpe, viven así en el terror de la muerte. Esa muerte que bordean en cada fin de semana, en cada viaje de vacaciones. Son sus testimonios lo que en Francia Jeanne Delais ha recogido en su libro «Les enfants de l'auto». Lo mismo que en «Les enfants du divorce», la autora tiende a dramatizar mostrando los casos más desesperados.

«Cuando mamá muera en coche, papá volverá a casarse con otro coche...». Es verdad que hay millares de niños para los que el automóvil es sinónimo de maravillosas excursiones, pero las cifras están ahí, y nunca el cuadro ha de resultar demasiado sombrío si es capaz de hacer reflexionar a los asesinos del volante. A través de testimonios infantiles se esboza el alucinante retrato del hombre — y a veces de la mujer— que empuña el volante: el hombre, de ordinario afable y generoso, que rehúsa prestar auxilio en la carretera; el tranquilo padre que «dispararía si alguien me lo arañara»; aquel otro que priva de alimento a sus hijos por comprar gasolina, o el que no puede consentir que le adelante un 600 o un Porscha... La madre, «tan de buena familia ella, que, al volante, se vuelve iracunda y vulgar», o buscona. La mirada de los niños desenmascara a estos vulnerables centauros que tratan de compensar su impotencia conduciendo a ciento sesenta, o se vengan de la mediocridad de su existencia adelantando a los grandes turistas. «Se desliza sobre el asfalto lustroso de la carretera, realiza virajes, enfila como una flecha, frena suavemente. ¡Es hermoso, tenso, potente! Tiene derecho de vida y muerte sobre todos los que pasan», dice un niño hablando de su padre. «Todos los otros coches eran enemigos nuestros», declara otro.

Y este testimonio terrible de un niño cuyo padre es alcohólico (el alcohol es responsable del 40 por 100 de los accidentes): «Cuando papá bebe, la carretera se mueve... entonces aplasta, avasalla, hace su agosto...». Pero muchos otros niños escapan al delirio automovilístico creado por los adultos: «Estoy seguro de que muchos hombres tienen necesidad de matar y esto les brota de las profundidades cuando el alcohol o la velocidad les ayuda a desahogarse», dice uno de ellos.

A fin de luchar contra esta imbecil muerte que les amenaza en unas carreteras que les llevan al mar, al sol de sus vacaciones, ellos mismos, por su propia cuenta, han hecho sus sugerencias: educación desde el regazo materno mismo y, a los seis años, la obligación de adquirir, previo examen en circuito cerrado, con modelos reducidos que anden a 30 kilómetros por hora, permiso infantil de conductor, control permanente de los vehículos, fichas que indiquen los puntos débiles de cada modelo o marca, las más severas penas para los conductores imprudentes. ■ ANNE-MARIE DE VILAINE.

MALCOLM HANCOCK



volver sobre España

por José M.^a Moreno Galván

Mis caminos españoles de esta primera parte del verano (1) van a estar limitados a una zona muy concreta: la que quedaría inscrita en un triángulo cuyos vértices fueran Burgos, Soria y... tal vez Valladolid. Aproximadamente, claro. Y no se debe ello a una elección azarosa. Es que durante ese tiempo voy a tener mi residencia en un lugar llamado Palacios de la Sierra, en la provincia de Burgos, en las estribaciones de la Sierra de la Demanda. Allí viviré en un antiguo molino de agua, para lo que gusten mandar. Esas últimas palabras no constituyen una frase hecha. Es fácil escribir a mi nombre con la indicación de "Molino" y con el pueblo y la provincia. Es fácil, además, preguntar por mí a cualquier vecino con sólo dar esos datos indicando, además, que yo llevo barba... El molino queda a mitad de camino entre Burgos y Soria, concretamente a 75 kilómetros de cada ciudad. Sí,

ciertamente, me voy a limitar un poco en esta primera parte de mi "volver sobre España", pero... Pero cerca queda Santo Domingo de Silos y, más cerca aún, Quintanilla de las Viñas, y San Pedro de Arlanza, y Covarrubias y Lerma... y algunas pocas iglesias románicas rurales, como la de Vizcaínos de la Sierra, Jaramillo de la Fuente, San Quirce... Sin contar lo que queda del otro lado de la raya soriana y aun lo que queda del otro lado de la raya logroñesa, como San Millán de la Cogolla o Nájera.

No quisiera elaborar esas crónicas con la investidura de un erudito y ni siquiera con la de un crítico de arte. Para lo primero me falta la investidura misma. Para lo segundo, quizá también, pero, sobre todo, me faltan ganas. Me gustaría hablar de mis pequeñas andaduras como un periodista... No: como un español cualquiera, contando espontáneamente mis impresiones. Empiezo por Silos. Me viene a mano y, además, no sé por qué, ese monasterio tiene algo así como un cierto aire fundacional.

(1) Terminada la temporada de exposiciones, nuestro colaborador José María Moreno Galván inicia la publicación de una serie de crónicas viajeras, bajo el epígrafe general "Volver sobre España".

SANTO DOMINGO DE SILOS

Ahora, Silos tiene un buen enlace de carreteras secundarias. Se puede llegar al pueblo fácilmente desde Lerma o Covarrubias, desde Aranda de Duero o desde la general de Burgos a Soria. Por eso no le faltan visitantes. Yo,

que paso mucho por allí, veo con frecuencia autobuses expedicionarios en su plaza. Porque Santo Domingo de Silos no es solamente el monasterio de ese nombre: es también el pueblo de menestrales y de labriegos que lo rodea, segu-

consumiendo vacaciones



Santo Domingo de Silos está enclavado en plena Edad Media. Tal vez la tutelaridad del monasterio influya en esa supervivencia; pero también ocurre a la inversa... Silos tiene un claustro: uno de los más bellos claustros románicos del mundo. Los benedictinos —los medievales frailes de Silos— cantan gregoriano y son colmeneros. Allí mismo se puede comprar su rica miel...

ramente nacido a su sombra. Es un pueblo pequeño, con casas de piedra y enormes chimeneas cónicas. El visitante habitual, lógicamente atraído por la maravilla del claustro románico, se olvida de transitar el pueblo. Yo lo hice en más de una ocasión. Por sus calles irregulares circula un olor a hierba empacada y, algunas veces, a pan recién horneado. Circula también una sinfonía rural de cencerros, mugidos y balidos; rara vez de rebuznos; el asno no es animal tutelar de estas tierras como de otras españolas —Andalucía, por ejemplo...—. La gente que anda por esas calles mira al visitante impertinente con una mirada distinta a la que emplearía si lo mirase desde la plaza principal. Allí dentro, en el recinto de sus callejas, las miradas indígenas son distintas de las que suelen emplear cuando miran al visitante en la plaza grande. Allí dentro se sienten como sorprendidos en su intimidad. La plaza, en

cambio, es su fachada pública. En la plaza miran al visitante con una, yo diría, atención distraída, con una curiosidad indiferente a la insolente algarabía de la fauna de visitantes chachareantes. Allí dentro, no; allí se les nota cómo un último resquicio de agresividad de la que ni siquiera son conscientes y, en el mejor de los casos, son curiosos de nuestra curiosidad. Allí es difícil romper la barrera de nuestras edades (ellos siguen viviendo en la Edad Media; nosotros, sabe Dios en cuál) y entablar un diálogo con ellos que llegue algo más allá de las respuestas concretas a nuestras concretas preguntas de pretexto. Yo una vez lo conseguí. Era con un hombre de mediana edad que guardaba sus ovejas en la parte baja de su casa, habitual redil solariego de estas latitudes, cuya escena miraba yo con lejano interés casi antropológico. Recordando que, al final de mi intrascendente diálogo, le ofrecí un ci-

garro. «No, gracias —me dijo—, yo no fumo: aquí no fumamos casi nadie». «¿Por qué?», le pregunté con un interés en el que yo pretendía adivinar la influencia ascética del estilo monasterial. «Aquí, lo normal es consumir lo que se da, y casi nada más —me contestó, añadiendo—: Si acaso, cambiamos algo entre nosotros. Yo, este año, me he quedado corto con los garbanzos y he adquirido algunos cambiándoselos a un vecino por patatas. Aquí, en realidad, ganamos poco, pero gastamos menos».

Yo creo que Santo Domingo de Silos está enclavado en plena Edad Media. Tal vez, la tutelaridad del monasterio influya en esa supervivencia del modo de vivir del vecindario. Pero también ocurre a la inversa: la medievalidad de los vecinos contribuye a darle a la vida claustral su «habitat» necesario. Además, está el paisaje: no es sólo la paisanía. Ese cruce de valles angostos, po-

blado de enebros y de robles, tiene como una predisposición natural al medievalismo. Muy cerca queda Carazo, presidido por su alta peña. Este ya no tiene monasterio, y sin embargo... En la «Vida de Santo Domingo», sitúa Gonzalo de Berceo la geografía de Silos:

**«En tierras de Carazo, si oyeste
[contar,
Vna cabeça alta, famoso castellar,
Aule un monasterio, que fue rico
[logar».**

Pero, se me olvidaba, Silos tiene un claustro: uno de los más bellos claustros románicos del mundo. Otro día hablaré de él con armas más eruditas y menos divagantes, pues aquí ya no hay lugar.

Los benedictinos —los medievales frailes de Silos— cantan gregoriano y son colmeneros. Allí mismo se puede comprar su rica miel.